

Anselm Grün



Te deseo
un amigo

verbo divino

Te deseo un amigo

Anselm Grün

Te deseo
un amigo

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Título original: *Ich wünsch' dir einen Freund.*
Traducción: *José Pérez Escobar.*

© Vier-Türme GmbH, Verlag, Münsterschwarzach, 2002
© Editorial Verbo Divino, 2003
© De la presente edición: Verbo Divino, 2013
ISBN pdf: 978-84-9945-909-7
ISBN (versión impresa): 978-84-8169-603-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

INTRODUCCIÓN	7
COLOQUIO SOBRE LA AMISTAD	13
EL AMIGO: LA MEJOR DE LAS MEDICINAS	19
LOS AMIGOS NOS AYUDAN EN LAS DIFICULTADES	23
CARTAS AL CORAZÓN DEL AMIGO	27
CON LOS AMIGOS ME SIENTO COMO EN MI PROPIA CASA. . .	31
ABRIRSE PARA DISPONERSE A LA AMISTAD	35
AMIGO DE UNO MISMO	39
SER AMIGO SIGNIFICA SER PERSONA.	43
LA AMISTAD SIGNIFICA LIBERTAD.	47
LA AMISTAD SE DIFERENCIA DEL AMOR...	51
...PERO SIN AMISTAD EL AMOR MUERE	55
LOS CUATRO PELIGROS DE LA AMISTAD	59
EL FINAL DE UNA AMISTAD	63
AMISTAD ENTRE EL HOMBRE Y EL ANIMAL	67
LA IMPORTANCIA DE LA AMISTAD PARA	
LOS NIÑOS Y LOS JÓVENES	69
AMISTAD ENTRE HOMBRES.	73
AMISTAD ENTRE MUJERES	79
AMISTAD ENTRE MUJERES Y HOMBRES	83
AMISTAD ESPIRITUAL ENTRE MUJERES Y HOMBRES.	87
JESÚS COMO AMIGO	91
CONCLUSIÓN	97
BIBLIOGRAFÍA	100

Introducción

Hoy más que nunca, son necesarias las buenas amistades. Los consejeros matrimoniales saben de sobra lo difícil que han llegado a ser las relaciones entre el hombre y la mujer. El número de divorcios ha aumentado de forma alarmante. El matrimonio ha dejado de tener la consistencia que tuvo en otros tiempos. En medio de la inseguridad producida por la crisis de una relación para toda la vida, crece con mayor firmeza el anhelo de la amistad, que se ha convertido en uno de los bienes más deseados y apreciados. El matrimonio es hoy objeto de numerosas críticas, pero nadie pone en duda la amistad. Para muchas personas, la amistad es su hogar y su patria en medio de una tierra sin patria y sin hogar.

Los filósofos griegos escribieron mucho más sobre la amistad que sobre el matrimonio y la familia. Durante el siglo XVIII, floreció el tema de la amistad tanto en la filosofía como en la literatura; por el contrario, en el XIX se dio más importancia a la familia, pues gozaba de alta estima en la sociedad burguesa. Pero en la actualidad ésta ya no cubre las exigencias y los anhelos de muchas per-

sonas. Además, hay otro tipo de relaciones que se han hecho bastante inseguras, como por ejemplo las relaciones laborales, que se han debilitado por las continuas reestructuraciones a las que se ven sometidas, hasta el punto de que no hay sección o departamento que mantenga la misma estructura durante un largo período de tiempo. Creo que, en este contexto de inseguridad familiar y profesional, es el momento oportuno de volver a reflexionar sobre la amistad. Querido lector, querida lectora, espero que este libro pueda abrir vuestros ojos a esas experiencias seguras y deliciosas que podéis tener y vivir con vuestros amigos y amigas.

Los sociólogos dicen que hoy se ha democratizado la vida privada. A este proceso responden las relaciones de amistad, pues se fundamentan en la igualdad de derechos y en la espontaneidad. El escepticismo se ha impuesto ante instituciones como la Iglesia, el Estado, la familia o las diferentes asociaciones, pero la amistad no es una institución; es una relación libre que cada uno elige según su gusto o según le plazca. En mis viajes durante la noche, cuando pongo la radio para no dormirme, siempre me topo con canciones de moda en las que aparece el tema de la amistad. Es evidente que, en medio de las inseguridades y rupturas de relaciones, la necesidad de la amistad sigue intacta en nuestro tiempo.

Cada uno tiene su propia opinión sobre la amistad. Y, sin embargo, también se producen rupturas, porque se vive de forma inconsciente. La ruptura se produce, por ejemplo, por las expectativas que depositamos en quien debe ser nuestro amigo o por las ideas que nosotros tenemos de la amistad y que imponemos al otro por la fuerza. ¿En qué consiste realmente la amistad? ¿Cuáles son sus características? ¿En dónde reside el atractivo de la amistad? El filósofo griego Demócrito pensaba que la amistad era fundamental para vivir bien. Hoy día, muchas personas opinan lo mismo y la consideran uno de los grandes valores de la vida. Sin embargo, también es frecuente que se rompan las amistades, ya sea porque se tienen diferentes expectativas o porque se tienen ideas poco claras sobre ella.

No pretendo realizar con este libro un estudio sistemático sobre la amistad. Quiero, más bien, hacer mías algunas de las voces que han resonado a lo largo de la historia de la filosofía, la teología y la literatura, y recoger las ideas y los deseos que sobre la amistad han aportado un grupo de amigos que nos hemos reunido en el monasterio. Nueve hombres y mujeres –casados, solteros y monjes que han elegido libremente el celibato– nos reunimos en torno a un vaso de vino para hablar de nuestras experiencias de la amistad. No pretendíamos desarrollar ninguna teoría, sino expresar lo que aquélla

significaba para nosotros y cuáles de sus aspectos considerábamos fundamentales. Quedó claro que la amistad es una experiencia muy íntima, que necesita tiempo, calma y sensibilidad; una experiencia que no se puede expresar precisamente ni con el móvil ni con el correo electrónico, sino tomándose el tiempo necesario para escribir una carta al amigo o a la amiga. El tiempo que empleamos para hablar sobre la amistad fue un tiempo especialmente pletórico. En el diálogo se respiraba el espíritu de la amistad. Me gustaría que en este libro fluyera algo de aquella atmósfera que respiramos durante el coloquio y de las experiencias que compartimos los nueve hombres y mujeres que nos reunimos.

Quisiera, querido lector, querida lectora, que estas reflexiones sobre la amistad os ayudaran a ver vuestras propias experiencias de la amistad bajo una nueva luz. No pretendo dar consejos sobre cómo conseguir el éxito en este campo, sino, más bien, estimular los anhelos y las experiencias de cada uno.

Muchas personas se lamentan de no tener amigos. Tal vez, esta queja se deba a su imagen idealizada de la amistad, pues, de un modo u otro, todos tenemos amigos. Ahora bien, no toda amistad responde al ideal de una experiencia pura y desintere-

sada. No obstante, en toda amistad se expresa el deseo de que alguien esté a mi lado, conmigo: alguien en quien poder confiar, alguien que me enriquezca, aunque sólo sea durante un breve período de tiempo.

Deseo sinceramente que tengas un amigo o una amiga que enriquezca tu existencia y que te haga sentir que eres valioso y excepcional; que le obsequies y le hagas feliz con el don de tu amistad, y que tú mismo experimentes, gracias a él, el apoyo y la seguridad, la amplitud de miras y libertad, la plenitud de vida y el amor.

Coloquio sobre la amistad

El coloquio que hemos mantenido algunos monjes con otros amigos y amigas me ha recordado a los simposios, es decir, aquellos banquetes en los que se reunían los filósofos griegos y romanos para hablar sobre todo lo que les interesaba. La amistad era uno de los grandes temas sobre los que se debatía constantemente en esos encuentros. Los literatos y filósofos griegos y romanos consideraban la amistad como un gran tesoro. Los griegos tenían fama de ser un pueblo que la cultivaba de forma muy especial, pues estaban convencidos de que era necesaria si el ser humano no quería poner en peligro la salvación de su alma.

Para los filósofos griegos, la amistad era la expresión clara de la virtud. Pitágoras, que dirigió un círculo filosófico de amigos, creía que la amistad era la madre de todas las virtudes. Sólo los hombres que ambicionaban la virtud –y por tanto tenían un alma buena– podían trabar amistad entre ellos. Quien sólo se dedica a dar vueltas sobre sí mismo está atrapado en su propia vida y no es apto para la amistad. Desde siempre, los seres humanos han creído que la condición previa para que surja una

auténtica amistad es comprender que el hecho de que dos personas puedan unirse es realmente un regalo de Dios. Esto es lo que opinaba Platón, el más eminente de todos los filósofos griegos, que decía: “Dios es el autor de la amistad; Dios es el que une a los amigos”. “En la amistad –opinaba Platón– resplandece una chispa del misterio divino.”

Ahora bien, la amistad no es algo que dependa de la propia acción. En el don de la amistad, los seres humanos presienten la ayuda afectuosa de Dios, que equivale a lo que los teólogos llaman la gracia. Es normal que los amigos no sepan por qué han llegado a serlo ni cómo surgió entre ellos la amistad. Hay siempre algo misterioso en su nacimiento. Aparece de repente. Dios hace que las puertas de mi alma se abran para determinadas personas.

Para Platón, solamente quien es amigo de sí mismo, es decir, quien se trata a sí mismo de forma amistosa, puede ser amigo de otro. Esta amistad conmigo mismo me exige ordenar mi propia alma y dirigirla hacia el bien. Pero, para descubrir el misterio de mi propia alma, según Platón, necesito un amigo que me ayude y me dirija intensamente hacia el bien. Esta idea ha sido muy importante en mi vida. Cuando, durante el coloquio, alguien se quejaba de que no tenía amigos, de que no contaba

con nadie o de que nadie se le mostraba cercano, le preguntaba: “¿Estás tú cerca de ti mismo? ¿Eres amigo tuyo?”. En ocasiones lo esperamos todo de los demás, pero solamente podremos disfrutar de la cercanía de los amigos si nosotros nos sentimos cercanos a nosotros mismos y nos tratamos de forma amistosa.

Otro filósofo griego, Epicuro, pensaba que la amistad es lo más importante de todo: es la experiencia que la sabiduría prepara para que podamos llevar una existencia plenamente feliz. La amistad nos da seguridad, nos libera del miedo y es la condición fundamental para la auténtica felicidad. La amistad, según Epicuro, tiene como finalidad ayudarnos a vivir más intensamente la vida. Por consiguiente, desde esta perspectiva, la amistad está relacionada con el placer. Es la “que nos da la alegría de vivir tanto a nuestros amigos como a nosotros mismos”, decía Cicerón. Epicuro la ensalzaba con un himno: “La amistad baila una danza en torno al mundo en el que vivimos y nos apremia, igual que a un heraldo, a que despertemos a una vida plenamente feliz”.

Pero Epicuro no sólo escribió sobre la amistad, sino que también se dedicó a ejercerla. En el año 306 a. C., compró una casa en el campo para vivir en ella con varios amigos. Epicuro, al que algunos

padres de la Iglesia le imputaron el haber incitado a los hombres a buscar exclusivamente el placer, decía también que la amistad exigía la disposición a dar la vida por el amigo.

El filósofo griego Aristóteles desarrolló una extensa teoría sobre la amistad. Distinguía tres formas de amistad: la amistad interesada, la que busca el placer y la que pretende el bien. Las dos primeras modalidades son para él fundamentalmente egoístas y, por lo general, suelen durar poco tiempo. Sólo las amistades íntimas que buscan el bien son duraderas y merecen realmente el nombre de amistad. En ellas se hace visible que dos personas quieren lo mismo o –con palabras de Aristóteles– que los amigos lo comparten todo. Según este filósofo, para que una amistad tenga éxito es fundamental que el amigo desee la felicidad del otro, que lo acoja benévolamente y que se produzca una genuina intimidad. Aristóteles también pensaba que la amistad es esencial para que el hombre sea feliz, pues el ser humano no puede ser totalmente feliz si se limita sólo a sí mismo. Por su propia esencia, el ser humano tiende hacia la amistad.

El filósofo alemán Harald Lemke opina que Aristóteles vio la amistad desde una perspectiva excesivamente moral y cree que esas breves amistades que se basan en la búsqueda de un interés

determinado no son tan perversas. Es evidente que existen amistades que son esencialmente de conveniencia y en las que las relaciones personales ocupan un segundo plano; ocurre, por ejemplo, en las que se crean en las peñas futbolísticas, para jugar una partida de cartas o esas con las que se busca un buen puesto de trabajo. Todas estas relaciones tienen también su propio valor, pero, ciertamente, llevan rápidamente al desengaño, porque al no crear vínculos sólidos no tienen ninguna consistencia. Cicerón decía que estas amistades “cojeaban”. Lemke cree que estas amistades interesadas conducen “fácilmente al engaño, al equívoco, a la decepción, a la falta, a la hipocresía y al sentimiento de haber sido manipulado”. No obstante, aun en estas formas de amistad late el deseo de tener un amigo digno de confianza, alguien que esté a mi lado, alguien para quien yo sea importante y a quien poder confiarle mi existencia. En lugar de despreciar estas formas de amistad, habría que cultivarlas y ponerlas en relación con el verdadero anhelo que late en ellas.

En nuestra sociedad existen muchas formas de practicar la amistad. Entre ellas podemos incluir las formas más elementales o sencillas, como, por ejemplo, las que se desarrollan en las asociaciones estudiantiles, deportivas y políticas o en cualquier tipo de club. Actualmente se publican muchos libros

que pretenden enseñarnos cómo conseguir amigos. Se trata de obras que, en su mayor parte, quieren ayudarnos a lograr amigos que nos sean útiles. Necesitamos amigos para conseguir buenas relaciones profesionales y para poder influir en la vida política. Estas relaciones no se basan en la afinidad espiritual, sino en la utilidad o el beneficio que el otro puede aportarme. Aun así, en estas formas tan elementales de amistad está presente el anhelo de una experiencia auténtica en la que ya no es el interés lo que importa, sino el ser humano en sí mismo, es decir, la relación interpersonal.

El amigo: la mejor de las medicinas

La amistad es como el sol que ilumina la vida del ser humano. Así es como la entendió el filósofo romano Marco Tulio Cicerón: “Eliminar la amistad de la vida es como quitar el sol del espacio”. Efectivamente, la vida sin amistad se torna triste y sombría. Los psicólogos dicen que quienes no han tenido amigos sufren mucho más cuando experimentan un revés del destino o cualquier otra crisis. No reciben consuelo ante la experiencia de un sufrimiento profundo, cuando es precisamente en el sufrimiento donde se demuestra la amistad. Quien apoya a alguien en estas circunstancias muestra que es un amigo. Cicerón lo expresó en esta famosa sentencia: “*Amicus certus in re incerta cernitur*”, es decir, “el amigo auténtico se reconoce en las dificultades”.

El amigo es el mejor terapeuta para los problemas causados por la soledad y la humillación: “El sonido del dolor va extinguiéndose paulatinamente al resonar en el pecho de un amigo”, escribió Goethe. El amigo no es un consejero, sino, sencillamente, el que está a mi lado, el que está conmi-

go. Me escucha sin juzgar lo que digo. Puedo decir lo que siento sin temor a que me censure. Sé que estoy en buenas manos. Al amigo puedo decirle todo sin tener que medir mis palabras. Pero, sobre todo, puedo mostrarle mi propia debilidad. Ante él me quito mi coraza y le enseño mis heridas.

Henri Nouwen nos cuenta cómo sentía que se estaba faltando a sí mismo al ocultar ciertos aspectos de su vida a su amigo. Las debilidades que muestro a un amigo no debilitan mi existencia, sino al contrario: me dan más fuerzas para vivir. Son mías, y, al percibir las, puedo vislumbrar en ellas un aspecto valioso de mí mismo. Pero, sobre todo, me abren a la amistad, que, gracias a ellas, se hace más viva e intensa.

¿A dónde iré si todo falla, si todo se me viene encima? En seguida pienso en mi mejor amigo o en mi mejor amiga. Efectivamente, saber que puedo acudir a mis amistades en cualquier situación o en cualquier momento me da una gran seguridad. Esta experiencia ayuda a muchas personas a no caer en una depresión o a no darse por vencidas. Les da valor para decidirse de nuevo por la vida y hacer frente a las amenazas interiores y exteriores.

Goethe pensaba que sólo la amistad hacía del mundo un jardín habitable. En este sentido, escribió: “El mundo aparece muy vacío si lo imagina-

mos sólo lleno de montañas, ríos y ciudades; pero sabemos que aquí o allá hay alguien que está en sintonía con nosotros, alguien con quien seguimos viviendo en silencio; esto, y solamente esto, hace que la tierra sea un jardín habitable”.

El amigo no tiene que estar siempre conmigo. Me basta saber que cuento con su amistad. Esta consciencia me ayuda a soportar el dolor, la desilusión y la enfermedad sin caer en la desesperación. No tengo por qué llamarle continuamente por teléfono, pero sé que si lo necesito me escuchará y hará todo lo posible por ayudarme.

La convicción de que la amistad es absolutamente necesaria para vivir la expresó Friedrich Rückert en este poema:

*“No a la golondrina,
que el mensaje de la primavera trae
y la canción de la renovación eternamente canta,
espero yo con tanta ilusión
como el saludo de un amigo,
que es quien me da
lo que necesito para vivir”*